ESPARZA

D. Pablo Roxas .. .. Cura
D. Manuel Saenz Sacristan Mayor

CAÑAS

D. Gabriel Padilla .. .. Teniente Cura

BAGACES

D. Felix Idalgo .. .. Teniente de Cura

Es copia literal del Documento a que se refiere, existente en este Archivo de Indias, bajo la rotulación de:—"*Audiencia de Guotemala=Eclesiástico= Duplicado del Arzobispo y Obispos del Distrito de esta Audiencia= Años de mil setecientos cincuenta y nueve á mil ochocientos veinte y nueve.=*"

El Archivero Jefe,
O. P.

(f). C. Jimenez Placer
(Rúbrica)

Hay un sello que dice,
Archivo General de Indias:"—

Bellísimo discurso

de Monseñor Calcagno, en la bendición de un órgano de la capilla del Instituto de Medicina Experimental de Buenos Aires

La familia Costa ha donado un órgano para la capilla de este Instituto, como un homenaje al doctor Leopoldo Costa, reciente fallecido.

El día 24 de mayo ppdo., en celebración de las fiestas patrias, la Dirección del Instituto dispuso la bendición de dicho órgano.

A las 10 horas el Excmo. Señor Obispo Titular de Attea, Monseñor Dr. Fortunato J. Devoto, procedió de acuerdo con el ritual de práctica a bendecir el órgano, apadrinando el acto el Señor Rector de la Universidad de Buenos Aires, Doctor D. Vicente C. Gallo, la señora Ofelia Costa de Figini y el señor José Costa.

Terminada la ceremonia a que dió lugar este acto, Monseñor Andrés Calcagno, Vicario General del Ejército, pronunció la elocuente alocución sobre "El órgano litúrgico", que transcribimos.

Dijo Monseñor Calcagno:

Señor Rector de la Universidad;
Señor Ministro de Portugal;
Señor Director;
Monseñor:

La Iglesia que tiene una bendición para cada una de las cosas que son útiles a la vida material del hombre, reserva las más solemnes para aquellas que tienen más atingencia con el espíritu, como son los implementos del culto. De ahí que bendiga el órgano destinado a cantar las glorias del Autor del Universo.

Es verdad que éste, el Universo es el templo del Señor. El tiene por cúpula el combo azulado de los cielos, por columnas las montañas coronadas con los capiteles de las nieves, por lámpara el sol, por luminarias las estrellas y por órgano la armonía misteriosa de los mundos que cantan en sus giros ordenados a su eterna sabiduría y su divina omnipotencia.

Pero desgraciadamente el hombre ha manchado con sus pasiones el templo de la creación, porque ha llevado su orgullo y su concupiscencia a todos los elementos, a la tierra, al aire y al mar. Y por lo mismo ha tenido necesidad de segregar una parte de la creación contaminada con la culpa, para que Dios pueda mirar ahí, las síntesis de su obra depurada con la bendición de toda mancha de culpa.

Y así el templo clásico tiene su atrio llamado profanum que amortigua el ruido de los trajines materiales a fin de que el alma pueda recogerse en la meditación de las cosas divinas.

Y dejando aparte todo lo demás que se halla dentro del ámbito del lugar sagrado, llena cada cosa de un profundo significado y de una razón de ser en concordancia con la naturaleza humana que pide y con la naturaleza de Dios que escucha su plegaria; vengamos a razonar del órgano por ser éste hoy el argumento que más nos interesa.

La Iglesia por el ministerio del Pontífice acaba de bendecir el que ha de solemnizar los actos del culto en esta iglesia. La bendición lo ha depurado de toda contaminación de pecado. Los hombres tenemos el triste privilegio de dejar en las cosas que tocan nuestras manos como las impresiones digitales de nuestra imperfección.

El agua lustral lava y purifica las cosas destinadas al servicio del templo y al órgano por consiguiente, para que sea menos indigno de entonar las alabanzas del Señor.

Chateaubriand ha dicho: "La Iglesia ha inventado el órgano y hecho gemir el metal". Hermosa frase, sin duda, pero desprovista de fundamento histórico, pues el órgano fué inventado 145 años antes de Cristo por Ctesibio y otros físicos griegos.

Pero es gloria de la Iglesia haberlo tomado en sus manos espiritualizándolo y dándole un altísimo significado y un destino sublime.

El primer órgano litúrgico se inaugura bajo el reinado de Pepino el Breve en la Catedral de Compiegne.

El órgano representa la eterna creación, que se eleva cantando, hacia su Creador. A darle vida concurren todos los reinos de la naturaleza: el reino mineral le da sus metales para plasmar sus tubos y lengüetas; el reino vegetal para la construcción de sus contras; el reino animal le da sus pieles para formar sus fuelles y secretas y el marfil para el teclado; y finalmente el hombre, el rey del mundo creado le da su ingenio para construirlo, el arte para tañerlo y la didáctica en la preparación de la música que ha de ejecutar.

El órgano litúrgico contemporáneo de las catedrales góticas, que lanzan al cielo sus ojivas en un esfuerzo elegante, sostenido por arcobotantes y pilastras, y que bien pudieron denominarse el canto de las piedras; el órgano, decía, tuvo carta de ciudadanía y un lugar de prominencia en la casa de Dios. El debía guardar en sus entrañas no ya el canto de las piedras sino el canto del alma. Los artistas le llamaron el rey de los instrumentos y la Iglesia le llamó el instrumento santo porque estaba destinado a acompañar las alabanzas de Dios y a cantar él mismo su magnificencia.

En el templo del Señor sintióse en su elemento. Suspendido entre la tierra y el cielo, tomó de la primera todas las angustias, todos los dolores y tamizándolos al través de sus sonidos, los hizo llegar a Dios, fuente de misericordia y de amor.

El órgano es el instrumento santo de la Ley nueva. El está llamado a cantar la epopeya del Verbo encarnado. Cada fiesta del año litúrgico tiene su música apropiada y el órgano subraya con sus voces la sacra melopea prestándole sus alas para que vuele a Dios y despertando en el alma sentimientos concordantes con la solemnidad que se recuerda. Quién no se ha conmovido ante la pastorela del "Adeste fideles" de Navidad. El alma experimenta ante las ágiles notas del órgano que acompañan el motivo de ese

motete secular, las emociones de la noche divina y siente desarrollarse en toda su peregrina belleza el panorama encantador del villorio de Belén cubierto de nieve con la luz milagrosa que la esclarece y los sentidos cánticos de los pastores que al son de sus rabeles y de sus chirimías se acercan al pesebre para adorar al Divina Infante.

Cuando la Iglesia celebra los misterios de la Pasión y muerte de Jesús, extingue las luminarias del templo, cubre sus muros de negros crespones y desnuda sus altares, en señal de dolor por la tragedia de los siglos. Pero la señal más grande de dolor está representada por el silencio del órgano, que en esos días parece absorto también en él la consideración del drama milenario.

Pero cuando el día de Pascua rememora el milagro de la Resurrección del Señor, entonces el órgano parece contagiarse de las santas alegrías de la fiesta fundamental de los creyentes y en los pneumas movidos del Alleluia dice a los fieles el jubiloso **surrexit** que oyeron las piadosas mujeres de Jerusalen junto al sepulcro vacío del Maestro.

Y cuando los fieles celebran solemnemente el sacrificio de la misa y entonan con voz firme e inconmovible los artículos del Credo, del Credo formidable que permanece intacto e incorruptible al través de las vicisitudes del tiempo y del espacio; el Credo que entonaron los mártires del circo hace veinte siglos; el órgano parece robustecer con su acompañamiento, esa manifestación de fe que es título de nobleza del cristianismo, juntando en un haz de hilos de oro todos los corazones en un solo corazón y todas las voces en una sola voz y todas las aspiraciones en una sola aspiración de inmortalidad y de gloria.

El órgano idealiza todas las manifestaciones de la naturaleza.

Canta la apacibilidad de los cantos donde las mieses crepitan su gravidez bajo los rayos del sol mostrando a los hijos de Dios que esperan el pan de su sustento, que El nos manda pedirle en la sublime oración del Padre Nuestro.

Imita el gárrulo ceceo de la brisa que canta como el arpa eólica al deslizarse entre la fronda de los bosques.

Remeda el mundo tumultuante de las olas del mar que se estrellan contra las rocas de la costa.

Trasunta en sus notas graves en artísticas disonancias la tempestad que se anuncia en el fragor del trueno y el agrio silbido de los vientos.

Toda la creación parece dormir en sus entrañas. Y el hombre, el rey del mundo la despierta, para presentarla a Dios, en reconocimiento del supremo dominio.

El órgano es la representación de la Iglesia militante. Los tubos de este divino instrumento, con sus diversos sonidos son la imagen de los santos que van laborando en la lucha del destierro su santificación.

Notas graves de apóstoles y mártires, que fueron base y fundamento de la Institución divina. Notas centrales de Doctores y Pontífices que desentrañaron la belleza de la doctrina y de la fe en las lucubraciones de sus inteligencias y en las prácticas trabajosas de sus vidas. Notas agudas de ascetas y de místicos que subieron en las ascenciones del espíritu, hasta extasiarse en la contemplación de las infinitas perfecciones de Dios. Registros suavísimos de la inocencia de las almas que no mancharon de impureza los cándidos linos de la gracia. Estupenda variedad de espíritus en la unidad de la Iglesia representados en la estupenda variedad de sonidos en la unidad del instrumento santo.

Instrumento santo por antonomasía, la Iglesia lo ha sociado a su divino ministerio, para hacer vibrar las almas de dolor o de alegría, de paz o de reproche para que se afirme en el servicio de Dios o entre a formar parte de las armonías del mundo de la gracia, que como las del mundo material son factores de orden, de paz y de alegría.

Un talentoso escritor francés nos refiere cómo al abandonar cierto día las ruinas de un viejo convento con el corazón oprimido al ver la injusticia humana que tan desaprensivamente dejaba perder esos monumentos de la Religión y del arte, presa de

extraños pensamientos sobre la providencia de Dios; echó a andar por una callejuela de los arrabales de París. "Mi alma—dice él mismo—era un campo de batalla de encontrados sentimientos. Al doblar un recodo de la oscura callejuela hirió mis oídos la voz de un órgano que acompañaba el Laudate Dominum omnes gentes... No es posible describir, prosigue, el efecto que hicieron en mí aquel canto y la dulce melodía del órgano. Me pareció escuchar una voz del cielo que me decía: "levanta el corazón a la esperanza...", y continúa narrando cómo a aquella lucha que se entablara en su alma, sucedió una paz y una tranquilidad tan sedante, tan definitiva que sintió todo el orgullo de su fe y toda la inconmobilidad de su esperanza.

Instrumento santo, ha tenido muchas veces la virtud de estremecer el alma desviada para hacerle volver la vista hacia el pasado con el propósito de rehacer su vida.

Era el joven disoluto que lejos de luchar contra la corriente de sus propias pasiones se dejó llevar por los caprichos del sentido. Nada pudieron el recuerdo de la felicidad que le proporcionaran en su niñez las primeras victorias contra el mal, ni las admoniciones de una santa madre, ni los remordimientos de su propia conciencia. Pero una tarde acertó a pasar delante de una iglesia en el preciso instante en que un coro de niños entonaba el **"Venid y vamos todos..."**.

El órgano acompañaba a aquel puñado de inocentes que entonaban las laudes de la Virgen. Eran los mismos acordes, eran las mismas modulaciones... El las conocía. El había formado parte en los días de su adolescencia del coro de la Virgen, él había repetido esas estrofas acompañadas por el órgano... Y como si ante la vista de su alma se hubiese corrido el pesado velo de su vida claudicante, se acordó de la madre, de la tierra que en su regazo le enseñara de pequeño la senda del bien y se acordó de la Madre de los cielos y del mes de María con todos sus inefables encantos. Sus ojos se llenaron de lágrimas, su alma se llenó de luz para encontrar el camino de la vida honesta, de la vida útil y sintió fuerza suficiente para renegar de su pasado y emprender la nueva marcha bajo la mirada de Dios.

Instrumento santo, el órgano no puede hablar sino el lenguaje del alma. Nada más contraproducente que un órgano ejecutando música profana. Produce el efecto de un sacrilegio. Se me antoja un niño inocente, pronunciando palabras torpes, cuyo significado no comprende. Cuando al órgano se le obliga a ejecutar música profana, se le degrada de su alcurnia y en cierta manera se le hace apostatar de su misión divina.

Ante el órgano que hoy se inaugura en esta Capilla, que forma parte integrante de un meritísimo Instituto donde el talento y el sacrificio se coaligan para luchar contra uno de los flagelos más despiadados que azotan a la humanidad formulo dos votos que brotan de lo íntimo de mi alma sacerdotal: que sus notas digan a quienes las escuchan que el trabajo y el dolor son base de éxito y de gloria para quienes lo soportan. Y que jamás manos profanas se posen en su teclado a fin de que no hable al sentido de las turbulentas alegrías de la tierra, sino que diga siempre al alma el cántico de las esperanzas del tiempo y los inefables goces de la inmortalidad.

Así sea.

A continuación, Monseñor Fortunato Devoto ofició una solemne misa en memoria del doctor Leopoldo Costa, durante la cual el maestro Julio Beyer ejecutó en el órgano diversos números de música sacra.

La solemne ceremonia fué presenciada por un crecido número de familias, estando presente además, el señor Rector de la Universidad doctor Vicente C. Gallo, el señor Ministro de Portugal, Dr. F. Sampaio Garrido, la familia de Costa, la señora Presidenta de la Liga Argentina de Lucha contra el Cáncer, el personal del Instituto y representaciones de la Asociación de Caballeros para la lucha contra el Cáncer, Asociación Cultural y Social Helena Larroque de Roffo, etc.

Tomado del *Boletín de Instituto de Medicina Experimental, para el estudio y tratamiento del cáncer*. Director: Prof. Angel H. Roffo. Año XVII. Agosto de 1940. Nº 54, página 591.

La niña y la venadita se abrazan, en el patio de "Villa Sorelois"